

novelistas porque tienen algo para contar! Ya se sabe lo que va del dicho al hecho y por eso es preferible matizar la contundencia de los juicios con el soplo refrescante de la cautela y una pizca de humor y de escepticismo.

Sea cual fuere el género, si de arte se trata, al escribir se busca, ante todo, seducir. Y seduce quien es capaz, mediante su palabra, de infundir a lo que dice el valor de lo cautivante. Razón tendrá pues, escribiendo, quien manipule con talento la flauta de Orfeo y el que no... y el que no, como recuerda la deliciosa estrofa infantil, «una prenda tendrá».

La diferencia primaria entre novela y ensayo no radica, por lo tanto, en el magnetismo que la primera, a diferencia del segundo, debe ejercer sobre sus lectores. Tan envolvente ha de ser un ensayo como una novela, si de veras es un ensayo. Pero ha de serlo a su modo y no al de aquélla, puesto que de otro cantar se trata.

El novelista triunfa cuando sabe abolir, en el curso de la lectura, la prevención crítica de su lector, atrapándolo hasta imponerle como verosímil, y exclusivamente verosímil, su propia palabra. El buen novelista alcanza su meta cuando su mundo narrativo absorbe el potencial perceptivo del lector, logrando que ese mundo se despliegue como dominante a través de la conmoción afectiva que desencadena.

El ensayista, por su parte, triunfa donde la conciencia del lector escapa al letargo de la costumbre y se aviva y se excita y se sumerge en el goce profundo de la comprensión compartida; en la intensidad sensual de la inteligencia. Allí donde se desmorona el valor absoluto conferido a una verdad fragmentaria y ésta recupera su auténtico semblante de creencia; allí donde las opiniones propias se ponen de manifiesto como segmentos —y sólo como segmentos— de una verdad más general y trascendente, irreducible al monopolio personal.

Además, en su despliegue narrativo, el lenguaje del ensayo tiene, estratégicamente hablando, aspiraciones dialógicas; mientras que las de la novela son monológicas. Por eso el ensayo es un género antimítico y no lo es, en cambio, la novela. La novela triunfa en su propósito seductor si demuestra que, para que haya realidad en sentido eminente, basta que al mundo se lo vea tal como el totem discursivo lo propone. El ensayo demanda, a su turno y en forma constante, la participación polémica del lector en la gestación de lo verosímil. Sólo así puede alcanzarse la dimensión más íntima del encanto conceptual: a través de la persuasión. El lector de novelas goza si es subyugado por las páginas que recorre, si se disuelve en ellas como en los vapores de una droga extasiante. El lector de ensayos disfruta si logra sostenerse en el temblor de ese *tête-à-tête* incesante gestado por la confrontación, que es roce electrizante, entre su estremecida lucidez y la del escritor.

Estas distinciones, insuficientes como todas las distinciones, no aspiran a establecer jerarquías, sino, tan sólo, a recordar singularidades. Son útiles, estimo yo, para advertir en qué, dos fuerzas igualmente poderosas, son sin embargo distintas. Y a impedir, mediante el reconocimiento de sus méritos respectivos, que una y otra vez se vean sepultadas por el desprecio y la incomprensión que promueven siempre las dicotomías y los verticalismos.

**Santiago Kovadloff**

# Alberto Sánchez\*

Quien debiera estar hoy, aquí, es Jorge de Oteiza, pero su estado de salud y una crisis espiritual, según ha explicado al director de estos cursos, le impiden estar entre nosotros. «Como escultor y como hombre, Alberto Sánchez es quien más ha influido y más debo en mi vida», ha dicho el artista vasco.

Oteiza conoció a Alberto hace exactamente sesenta años, en una taberna madrileña de la calle de Atocha, frente al teatro Calderón, donde frecuentemente se veía con el pintor uruguayo Barradas. «Fue Alberto la primera influencia, la verdaderamente decisiva y permanente para mí. Creo que él no lo supo nunca en su entera significación», recuerda Oteiza.

La primera noticia que tuvimos nosotros de Alberto fue, precisamente, a través de Oteiza, allá en los principios de los años cincuenta, en Bilbao, en una cautivadora tertulia en que se daban cita, entre otros interlocutores, el poeta Blas de Otero, quien conocería unos años más tarde a Alberto, en un viaje a Moscú. Como testimonio de aquel encuentro, Blas de Otero le dedicó unos versos conmovedores e inolvidables.

Aunque el recuerdo permaneciera siempre vivo en Oteiza, su amistad con Alberto fue muy breve, porque abandona sus estudios de medicina y su trabajo como linotipista para marchar a América y dedicarse a la escultura. Su decisión como escultor para toda la vida, se apoyaba firmemente, entre otros hechos, en la bioquímica, en la medicina, como orientación experimental, racionalista, para una biología estética del espacio. Este trabajo fue calificado en aquel entonces, como singular, nada menos que por Severo Ochoa, ayudante de cátedra, creo recordar, de Juan Negrín.

Hace quince años, con ocasión de la exposición en Toledo de Alberto, dejó anotado Oteiza a su paso por Madrid: «Hoy reconozco, claramente, al lado del escultor Alberto conocido, un secreto Alberto con el que me encuentro singularmente identificado. Es como otra forma de sentir, de oficiar, de entenderse y comprometerse el escultor, personalmente, con su escultura. Escultor único el Alberto de los años de la República, escultura sola en la historia de la escultura, modelo de escultor solo, entre los escultores actuales. De intención de escultor que no se ha dado antes y que no se ha repetido después».

«Considero a Alberto como el artista y el hombre más singular que he conocido y un ejemplo a seguir —nos decía Oteiza hace unos días, concretamente el sábado de

\* Texto leído en el acto de inauguración de la exposición-homenaje «Alberto Sánchez: Retorno a El Escorial», en el hotel Euroforum, San Lorenzo de El Escorial, 24 de agosto de 1989. En el mismo acto intervinieron María Asquerino, Francisco Umbral y Félix Grande, así como José Antonio Escudero, director de los Cursos de Verano de la Universidad Complutense de El Escorial.

la pasada semana— por su adhesión a la vida, a lo social y a la poesía. Era un ser excepcional. Alberto es en mi recuerdo una especie de arcángel que venía de Toledo, con boina y una espada que diría de madera, casi de luto, un luto lleno de luz. Alberto y el pintor Lecuona, también amigo suyo, son dos seres que viven en mi recuerdo permanente y puedo decir que siento que me protegen».

Se lamenta Oteiza que la serie de esculturas de la época de la República no las ha visto reproducidas en ningún sitio. «Muchas veces he tratado de recordar la obra de aquel período. Eran unas patatas cósmicas con unos tatuajes y una intención plástica fabulosa. No he visto nada mejor».

Antes de entrar en lo que pudiéramos llamar el comentario de la obra, vamos a recurrir a unos antecedentes sobre los datos de la vida y la obra de Alberto, suministrados por él mismo, en el verano de 1960, poco antes de su muerte, que nos llevarán a unas percepciones claras de su itinerario vital y su insólita vocación.

«Alberto nace en Toledo, el 8 de abril de 1895, en la calle de la Retama número 5, del barrio de las Covachuelas. Su padre, Miguel Sánchez, era panadero. Su madre, Amalia Pérez, hija de campesinos, había sido sirvienta. Ambos, oriundos de la provincia de Toledo.

Cuando era muy niño, Alberto asistió durante cuatro meses a una escuela de párvulos. Tuvo que abandonar los «estudios» para ponerse a trabajar. En su infancia fue, sucesivamente, porquerizo, repartidor de pan y aprendiz de cerrajero. A los doce años, Alberto se trasladó de Toledo a Madrid, donde ya se encontraba su familia. Entonces no sabía leer. En la capital aprendió el oficio de zapatero. Pasó, luego, al taller de un escultor-decorador. Pronto dejó el oficio, pues se dio cuenta de que en aquel taller nunca pasaría de hacer vaciados en escayola.

Antes de ir al servicio militar, Alberto ya tenía algunas nociones de arte, adquiridas en los museos madrileños de Reproducciones, Arqueológico y, sobre todo, en el del Prado. En Melilla, durante el servicio militar, realizó las primeras esculturas. En 1920 regresa a Madrid. Vuelta al oficio de panadero. Con su trabajo en la tahona combina sus actividades artísticas. Terminaba su faena a las diez de la mañana, y había días en que a las once ya estaba dibujando en el café; sólo dormía ratos sueltos en la tahona, o desde la una hasta las tres y media de la madrugada.

Por aquel tiempo vivía en la calle Miralsol, en el Rastro, con sus padres y sus hermanos. La vivienda era minúscula, y allí no tenía espacio para realizar sus obras artísticas. Por eso iba a dibujar a los cafés, bares, por las calles, a los merenderos.

Hacia 1922 conoció en el café de Oriente (en la Puerta de Atocha) al pintor uruguayo Barradas, con el cual trabó muy pronto estrecha amistad. Alberto apreciaba mucho la gran cultura artística de Barradas. Fue éste quien hizo que, en 1925, mostrase Alberto algunas de sus esculturas en la Exposición de Artistas Ibéricos. Aquella fue la revelación de Alberto. La crítica se ocupó extensa y encomiásticamente de él.

«La Exposición de Artistas Ibéricos —ha contado el propio Alberto— dio a conocer en Madrid a Dalí, Palencia, Bores, Cossío, Barradas, Frau y otros. Para mí fue una gran suerte exponer allí; todos los periódicos de la noche del día de la inauguración se ocupaban de mis obras extensa y elogiosamente. Aquella noche estaba yo trabajan-